

# Menos su nombre

Él se levantaba todas las mañanas recordándolo todo, la cantidad de estrellas que había visto la noche anterior, el número de vehículos que pasaban frente a su casa, las placas de los taxis que visualizó en el camino: FGY879, MJH098, DTN452. Le gustaba retar a su memoria, aunque no tenía manera de verificar si realmente había guardado todos los datos que en el camino recopilaba.

Se preciaba de todo eso. Hasta que un día recordó que, en su infancia, su tía Gertrudis había adoptado cuatro gatos: Pelusa, Marbel, Denis y Zuán. El primero había nacido un 15 de marzo y era de color marrón; la segunda, un 5 de agosto y era negra con pintas blanca; la tercera, totalmente blanca, tuvo la suerte de salvarse de un parto múltiple fallido el 31 de octubre, por eso le decían la bruja, y el menor nació el mismo día de su cumpleaños, un 7 de abril.

Ese 13 de diciembre se levantó a las 6:15 como de costumbre, arregló su cuarto y contó las cuatro cobijas, así como los cinco cuadros que tenía en cada una de las esquinas. El rosa por encima del gris, el gris por encima del azul. Recordó las medidas exactas de su sábana: 2 x 1,50 m. La prefería grande, por si se caía de la cama, de tal modo que quedara bien envuelto y nada pudiese contagiar su cuerpo lleno de heridas producto de tantas caídas que había tenido en su existencia. Revisó los dedos de sus pies: estaban completos, las uñas y

los lunares, exactamente 472 distribuidos por todo su cuerpo, incluidas las pocas pecas que tenía en su rostro.

Todo lo recordó, menos su nombre. Se miró al espejo para encontrar alguna señal de cómo se llamaba. Se observó en los recuerdos de sus abuelos, de sus padres, de sus hermanos, pero no halló por ninguna parte vestigio alguno de esa identidad perdida, con la que quiso algún día ser lo que no era. Si de algo podía preciarse era de guardar entre esos recuerdos la imagen de sus ancestros, los caminos que recorrían, el arado, la tierra, la siembra y el destierro. Todo lo recordaba como si fuese el dueño de sus historias. Pero, sin saber las razones, no encontraba recuerdos de su nombre.

Recordó también que, hacía una semana, se le habían perdido los documentos en el bus que lo dejaba a una cuadra de la casa. Cuando se bajó en el paradero, se percató del peso liviano de sus bolsillos. Infructuosamente, fue hasta la empresa de transporte y esperó el ómnibus de placas ERL209, al cual se había subido, para ver si lograba recuperar su billetera, pero no halló ni una sombra de esta. Por su mente pasaron uno a uno los rostros de los pasajeros. Ninguno le parecía sospechoso. Bueno, reconocía que le era demasiado difícil sospechar de la gente.

Acudió a su biblioteca y revisó cada uno de los libros, para ver si en alguno se reconocía su nombre, pero todos tenían un nombre diferente: Carlos, José, Fernando, Tomás, Antonio. Recordó que José era el amigo que vivía en la Carrera 4 con Calle 2 del barrio Altos de Cupino, en Puerto Colombia, y que a él no le gustaba leer, por eso le había regalado una buena parte de su colección. En verdad, no podía gustarle porque jamás había pisado una escuela y por lo tanto el verbo *leer*, tan reconocido, no era para él nada trascendente. Recordó, también,

que Antonio era el que coleccionaba estampillas y que tenía en total 12.572, de las cuales 324 eran de Venezuela, 45 de Ecuador, 78 de Chile, 43 de México, 1.456 de diversos países de Europa y el resto de su amado país. Era un viajero apasionado, pero no por los libros. Poco le gustaba leer. Decía que su lectura eran las carreteras, los aviones, los mares y todo aquello que le deleitaba una vez salía de la patria. Con respecto a Tomás y Fernando, recordaba que habían fallecido cuando explotó la mina de carbón en la que trabajaban. Los libros le habían sido prestados por ellos, pero tuvo la osadía de no devolverlos. Al abrirlos, siempre recordaría cada rostro, cada conversación, cada copa de vino y cada silencio que la mina rompió en mil pedazos.

Se preguntó entonces si quizá uno de esos nombres era también el suyo. No le sonaban, no cuadraban con su rostro, con su mirada, con lo que pensaba y sentía en ese instante.

Decidió buscar entre los anaqueles escondidos de su archivador, pero ahí tampoco encontró su nombre. Cada anaquel tenía un nombre diferente finamente marcado con tinta china. El mirarlos le trajo a la memoria la letra de su madre, la fineza de los trazos y la delicadeza en marcarlo todo, por si algún día perdía la memoria.

“¡Chispas!”, dijo, “claro, mamá me recordará mi nombre”. No es que ella estuviera viva, simplemente él se dispuso a sentarse en su hamaca y traer a la memoria esos instantes en que la madre lo llamaba: “Hijo, la cena está servida”, “Amor, ya vengo, voy a comprar lo que falta para el almuerzo”, “Tesoro, ¿sabes dónde dejé mis anteojos?”. No. No era posible, en ningún recuerdo apareció su nombre. Todo, todo volvía a su mente. Todo, menos su nombre.

“¿Cómo no se me ocurrió antes?”, se preguntó. Encendió el computador, que llevaba en desuso más de un año. Obviamente no había

olvidado la contraseña. Pero era un enemigo radical de la tecnología. Decía que esta era una asesina de la memoria. Por eso no usaba móvil, pese a la insistencia de todos sus conocidos. Encontró unos correos que hacía un buen tiempo no usaba. Cinco correos en total: dos de las instituciones en donde había trabajado y a los cuales ya no tenía acceso, y tres personales: josejose.472365@gmail.com, Luisluis.9@yahoo.com y perezperez.6@hotmail.com. Entonces, dijo llamarse José Luis Pérez. Feliz, saltó de su asiento, organizó sus cosas, recogió sus libros y se fue.

Caminó las cuatro cuadras que siempre caminaba y contó los 987 pasos que siempre contaba. Luego, se detuvo en el semáforo, que acababa de cambiar a rojo, contó los 13 segundos que duraba (era el semáforo de más corta duración de todo el barrio) y se presentó en su oficina.

“Don Tomás, ¿cómo me le va?”, le dijeron. Asombrado, miró a su alrededor, pero no vio a nadie más. Era a él a quien saludaban. Recordó que debía presentar su carné para ingresar. Lo tenía en el último bolsillo del portafolio. Respiró con tranquilidad, porque ya podía descansar. Lo apretó con fuerza entre sus manos antes de detenerse a observarlo: todo estaba en orden: el nombre de la empresa, su puesto, la dirección, el teléfono. Todo, menos su nombre. Fue entonces cuando el sucio olor del carbón lo despertó.

**Martha Graciela Arias Rey**